

SAGA MAGIC EX LIBRIS

# EL MAGO DE LOS LIBROS

LIBRO 1



Hines, Jim C.

El mago de los libros / Jim C. Hines. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2024.

480 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Emilia Ghelfi.

ISBN 978-950-02-1540-4

1. Literatura Juvenil. 2. Narrativa Fantástica. I. Ghelfi, Emilia, trad. II. Título.  
CDD 813.9283

*El mago de los libros*

Título original: *Libriomancer*

Copyright © 2012 by Jim C. Hines

Esta edición se publica por acuerdo con JABberwocky Literary Agency, Inc. a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.

Traductora: Emilia Ghelfi

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2024

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Marina von der Pahlen

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Arte de tapa: Luciana Bertot, @lulybot

1ª edición: agosto de 2024

ISBN 978-950-02-1540-4

Impreso en Talleres Trama,

Pasaje Garro 3160, CABA,

en agosto de 2024.

Tirada: 3.000 ejemplares.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

*Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia. De ningún modo se proponen sugerencias y/o consejos. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de otros usos del presente libro. El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).*

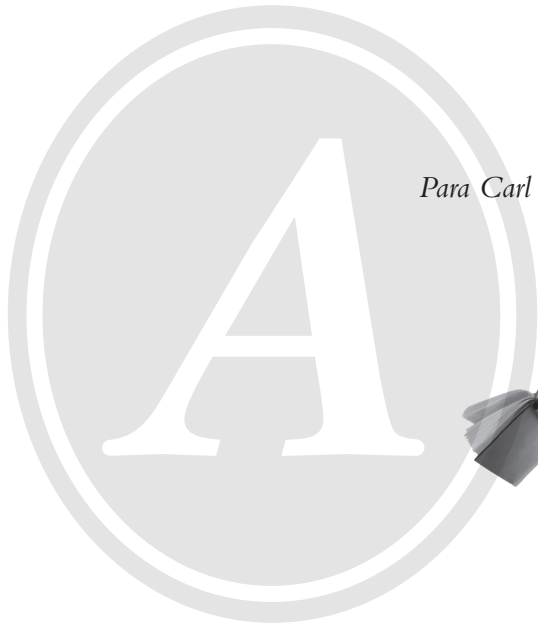


# EL MAGO DE LOS LIBROS

JIM C. HINES

 Editorial El Ateneo





*Para Carl y Joan*







# 1

**A**lgunas personas dirían que es una mala idea llevar una araña de fuego a una biblioteca pública, y probablemente tendrían razón, pero traerla a mi trabajo era mejor que dejarla sola en casa nueve horas seguidas. La única vez que probé, Smudge había expresado su disgusto quemando la película que cubría su pecera, metiéndose en el canasto de la ropa para lavar y prendiendo fuego a las prendas que estaban allí hacía dos semanas.

Los bomberos habían llegado a tiempo para impedir que se quemara toda mi casa. Recuerdo haberlo buscado en el desastre pasado por agua en que se había convertido mi cuarto, hasta que encontré a Smudge

acurrucado en una esquina. Todavía salía vapor de su cuerpo cuando corrió a mi hombro y se aferró allí como aterrado de que fuera a abandonarlo de nuevo. Y luego me mordió la oreja.

La araña de diez centímetros era un recordatorio de lo que había dejado atrás, un último fragmento de esa otra vida. Si la magia fuera como la bebida, Smudge sería tanto la medalla a la sobriedad como la botella de whisky que mantendría cerca para no recaer.

Mientras estaba en el trabajo, se quedaba en una jaula de acero para pájaros detrás de mi escritorio, a salvo, lejos del alcance de los niños pequeños. Más importante aún, mantenía a los niños pequeños a salvo, lejos del alcance de Smudge.

Según una serie de pruebas que llevé a cabo con un termómetro infrarrojo, las llamas de Smudge podían alcanzar temperaturas que superaban los trescientos grados, casi lo mismo que un mechero de Bunsen. Sospechaba que podía generar más calor, pero, como solo se encendía cuando estaba asustado o amenazado, me parecía cruel llevar adelante ese particular proyecto de investigación.

Por no mencionar el hecho de que yo tenía oficialmente prohibido hacer todo tipo de investigación de magia. Mis tareas eran mucho más sencillas.

Suspiré y tomé el viejo escáner de código de barras. Los años habían amarilleado la empuñadura de plástico, y la cuerda que salía del mando había sido reforzada con cinta aisladora en más de una oportunidad. Por tercera vez esa tarde, pasé el rayo rojo por la contratapa de la última novela de Charlaine Harris.



El led del escáner emitió una luz verde, y la computadora un alegre “bip” mientras la pantalla se poblaba de lo que deberían haber sido los detalles de la novela de misterio fantástica de Harris, pero que nuestro sistema insistía en reconocer como *La alegría de cocinar encurtidos II*, de Charlotte F. Pennyworth.

Dejé el inútil escáner a un lado, borré el registro y comencé a entrar manualmente la información del libro en la base de datos de la biblioteca de Copper River. Sin el escáner, me llevó media hora ingresar el resto de los libros nuevos al sistema.

Cuando terminé la pila, eché un vistazo a mi alrededor. La señora Trembath tecleaba con dos dedos en una de las terminales informáticas para el público, probablemente reenviando más inspiradoras fotos de gatos a sus nietos. Karen Beauchamp estaba acurrucada en un puf en la sección para niños, leyendo *El color púrpura*.

Los padres de Karen se habrían molestado al saber que estaba leyendo libros que no habían aprobado personalmente. Hice una nota mental de guardar una sobrecubierta bonita e inocua con la que Karen pudiera cubrir la tapa.

Dejándolas a ellas de lado, la biblioteca se encontraba vacía. La concurrencia había sido escasa toda la tarde, ya que la gente aprovechaba el sol del verano.

Saqué un péndulo de ópalo de fuego y coloqué la piedra anaranjada en el centro del teclado. La pantalla parpadeó, y se abrió una nueva ventana. Un simple logo circular mostraba un libro abierto grabado en un escudo medieval encima de las letras *DZP*.

Esta base de datos no tenía nada que ver con la biblioteca de Copper River. Después de haber catalogado los nuevos libros, era hora de hacer todo de nuevo. Comencé con uno titulado *Corazón de piedra*, una novela paranormal sobre una detective mitad gorgona que se involucraba con un sensual asesino a sueldo de la mafia. La historia no tenía nada inusual, pero el asesino usaba lentes de sol encantados que le permitían ver la magia y lo protegían de la mirada de la detective. “Esos podrían ser útiles en el trabajo de campo”, pensé. Ingresé la descripción y los números de página. El autor también sugería que las lágrimas de la mitad gorgona tenían propiedades afrodisíacas y eran potencialmente adictivas, que constituían detalles para tener en cuenta cuando salieran las secuelas.

Uno por uno, fui ingresando el resto de los libros. Copper River era una ciudad pequeña, pero teníamos la mejor colección de ciencia ficción y fantasía de toda la Península Superior. No es que la Península Superior de Michigan fuera un lugar muy populoso, pero compararía nuestro catálogo con el de cualquier biblioteca del estado. Yo había leído los tres mil títulos que cargaban los viejos estantes de madera de nuestra sección de Ciencia Ficción y Fantasía.

La mayoría de esos libros fue comprada a través de un subsidio del Instituto Johannes Porter para la Alfabetización, una de las corporaciones que encubría a Die Zwelf Portenære. Ese subsidio pagaba la mayor parte de mi salario y mantenía a la ciudad bien aprovisionada de ficción. Todo lo que tenía que hacer era seguir catalogando nuevos libros para los centinelas.

Más bien, eso era todo lo que tenía permitido hacer.

—Ey, señor V. —Karen había bajado su libro—. ¿Le pasa algo a Smudge?

Me di vuelta justo cuando un pequeño trozo de la grava de obsidiana que cubría el piso de la jaula de Smudge caía al suelo. Smudge se movía en rápidos círculos, y habían comenzado a salir volutas de humo de su lomo.

Me puse de pie de un salto y tomé mi ajada mochila de detrás del escritorio. Esmerándome por ocultar la jaula con el cuerpo, saqué una bolsa de caramelos y dejé caer uno al lado del plato de agua de cerámica incrustado en la grava.

—¿Qué pasa, compañero?

Smudge me ignoró y al dulce también. No era una buena señal. La señora Trembath olfateó el aire.

—¿Se quema algo?

Busqué en la biblioteca, tratando de determinar quién o qué estaba poniendo nervioso a Smudge. Ni Karen ni la señora Trembath me parecieron peligrosas, pero confiaba más en el juicio de Smudge que en el mío propio. Sus advertencias me habían salvado la vida tres veces. Cuatro, si contaba ese asunto con el lebrílope rabioso.

—Debe de ser un problema con la calefacción. Lo siento, pero tengo que cerrar la biblioteca hasta que pueda conseguir que alguien venga a revisarla. —Karen se inclinó sobre el escritorio hasta la mitad, en busca de la fuente de humo. Tomé un libro de tapa blanda y le palmeé la espalda—. Eso significa que tú también debes retirarte.

—Quisiera que mis padres me dejaran tener una tarántula —murmuró mientras caminaba hacia la puerta—. Si alguna vez necesita que lo cuide por usted...

—Serás la primera persona que llame. —Recordé la última vez que la familia de Karen había estado aquí y agregué rápidamente—: Si me prometes no usarlo para aterrorizar a tu hermanito.

—No lo haría —dijo, con los ojos traviosos de una niña de doce años—. Pero si por casualidad Smudge se escapa y entra en el baño mientras Bryan se está lavando los dientes...

—Hasta luego. —Le di un último golpecito en broma con el libro. Lamentablemente, mientras Karen salía, la señora Trembath había llegado renqueando hasta el escritorio. Apuntó con el bastón de aluminio hacia la jaula de Smudge.

—Isaac, ¡tu pobre araña se está incendiando!

—No... —¡Ay, maldición! Rojas llamaradas habían comenzado a ondear sobre el lomo de Smudge. Me apresuré y tomé el brazo de la señora Trembath, pero era difícil apurar a una abuela de ochenta y tres años. Logré encaminarla hacia la puerta y luego volví para ver a Smudge.

Eso fue un error, porque la señora Trembath volvió detrás de mí. Había dejado el bastón junto a la puerta, y su cara arrugada estaba tensa por la determinación mientras levantaba los brazos temblorosos y apuntaba con un extinguidor rojo a la jaula de Smudge.

—¡No! —Me puse delante de ella mientras un aire helado salió expulsado de la boquilla del extinguidor. No dañaría nuestros libros, pero no tenía idea de qué podía hacerle a una

araña de fuego. Contuve el aliento y apreté los ojos. Oí libros y papeles que volaban detrás de mí. En el momento en que la corriente se apagó, me estiré a ciegas para alejar el extinguidor de un golpe.

Me lagrimeaban los ojos. Tuve que controlarme para no frotarlos, lo que solo hubiera logrado irritarlos más. Tenía la camisa y las manos cubiertas de un polvo blanco.

—¡Se sigue quemando!

Miré a Smudge. Cuando los químicos del extinguidor se dispersaron, las llamaradas de Smudge adquirieron aún más altura, tomando una coloración anaranjada. Los ocho ojos miraron a la señora Trembath con lo que solo podría describir como puro odio arácnido.

La anciana regresó a la puerta para tomar al bastón, que levantó con ambas manos como si fuera una espada samurái.

—¡Al menos sacrificalo y sálvalo de tanto dolor!

—No se está quemando. Es... bioluminiscente. —Dudé de que la señora Trembath pesara más de cuarenta y cinco kilos, pero había criado cinco hijos, y probablemente podía enfrentar a toda una manada de lobos con pura obstinación.

Y más me preocupaba porque la última vez que había visto a Smudge tan espantado había sido por una amenaza mucho peor que los lobos.

—¡Isaac Vainio, sal de mi camino y déjame ayudar a esa pobre criatura!

La magia habría terminado con este enfrentamiento, pero ya había cruzado los límites al quedarme con Smudge. Hasta el hechizo más pequeño podía hacer que me arrastraran a

Illinois para dar explicaciones a Nicola Pallas, la maestra regional de los centinelas.

En cambio, me crucé de brazos y dije:

—Smudge está bien, pero realmente tengo que ocuparme del problema de la calefacción.

—No está bien, está...

—¿Está cuestionando mi autoridad? —Abrí grandes los ojos, exagerando lo más posible. Con una falsa voz militar, le pregunté—: ¿Es usted consciente de que la sección seis punto dos del acuerdo de usuario de la biblioteca de Copper River me da autoridad para que le retire su tarjeta de lectora, *incluidos los derechos para usar internet?*

Bajó el bastón y entrecerró los ojos.

—No te atreverías.

Me incliné más cerca y susurré:

—Un bibliotecario tiene que hacer lo que un bibliotecario tiene que hacer.

Nos miramos fijamente unos cinco segundos antes de que ella cediera. Con una risita, me clavó un dedo en el pecho.

—Entonces, ¿por qué no lo vi brillar antes?

—Por lo que comió —respondí rápidamente—. Anoche se escapó y salió. Debe de haber tragado al menos una docena de luciérnagas antes de que lo atrapara. —Me detuve rogando que no supiera suficiente bioquímica como para descubrir una excusa tan débil.

Se echó atrás.

—Quizá si le dieras comida de verdad en lugar de dulces, no tendría que escaparse a escondidas.

—En casa tiene grillos. —Miré alrededor nervioso mientras la acompañaba a la puerta. Todavía no sabía qué había encendido a Smudge, y cuanto antes se fuera la señora Trembath, más segura estaría—. ¿La veo mañana por la tarde?

—Eso espero.

A través de las ventanas, la observé caminar hacia su vieja camioneta azul, a la que se refería con cariño como el Hipopótamo Oxidado. Cuando se alejó, detecté tres personas que se acercaban a la biblioteca. Estaban demasiado abrigadas para el verano, incluso en la Península Superior. Tenían la cabeza baja y las manos en los bolsillos.

Cerré la puerta con llave, aunque, si Smudge tenía razón, probablemente no fuera de gran ayuda. El trío se detuvo para mirar la dirección de la oficina postal al otro lado de la calle. Uno buscó en el bolsillo y sacó un trozo de papel arrugado. La mano le brillaba como una bola de discoteca bajo el sol de la tarde mientras observaba los edificios. Tapó la mano con la manga un segundo después, pero ese único vistazo fue suficiente para identificarlos como *Sanguinarius Meyeri*, conocidos informalmente como “brillantes”, porque brillan a la luz del sol.

Regresé al escritorio.

—Sabes, serías mucho más útil si pudieras hablar.

Smudge siguió corriendo en círculos; las llamas ascendían como pequeños banderines naranja de su lomo. Nunca se equivocaba respecto del peligro, pero no podía decir si ese peligro era un meteorito que se dirigía hacia el techo o un alce apasionado corriendo fuera de control por el estacionamiento.

O un trío de vampiros.

Abrí la puerta de la jaula. Smudge salió arrastrándose y de inmediato desapareció debajo del escritorio.

—Cuidado —le advertí—. Si le prendes fuego a este lugar, me quedo sin trabajo.

La ya familiar adrenalina corría por mis extremidades mientras buscaba los libros recién catalogados. Quizá tuviera prohibido usar la magia en circunstancias ordinarias, pero esto calificaba definitivamente como algo extraordinario. Tomé el último libro de Ann Crispin, *El espejo de Vulcano*, una aventura espacial de la vieja escuela ubicada en un universo paralelo, poblado por maléficos chivos.

No tenía memoria fotográfica, pero el entrenamiento y la aptitud natural me habían acercado bastante a eso. Di vuelta las páginas hasta el capítulo ocho y recorrí con la vista la escena donde un asesino lagartiano estaba reptando por el corredor de su nave espacial con una pistola disruptora en la mano.

La autora había descrito la escena con vívidos detalles: el metal duro y filoso en las esquinas del mango del arma, el leve calor en la palma del asesino proveniente de la fuente de electricidad, el brillo azul metálico del cañón mientras observaba al guardia de seguridad de camisa roja... detalle tras detalle: con cada uno pintaba la escena en la mente del lector. Y la volvía *real*.

La magia de los libros o libromancia era en muchos sentidos la magia de un perezoso. No había varitas mágicas ni hechizos sofisticados ni encantamientos antiguos. No había pases de magia, pociones ni runas. Nada más que palabras en



la página, la creencia colectiva de los lectores y el amor por el relato del libromante, es decir, el mago de los libros.

El amor era la clave para acceder a esa creencia y ese poder. Y esta serie había sido una de mis favoritas cuando era niño.

Mis dedos recorrían las palabras: sentían la rugosidad del papel, la curva de la página cerca del lomo. Tenía la boca seca y el corazón me latía como cuando era pequeño y estaba a punto de besar a una niña por primera vez.

Recordé los días en que iba a cazar con mi hermano y mi padre, mi respiración lenta y firme cuando alineaba las miras de mi rifle. Inhalaba profundo, exhalaba y lentamente apretaba el gatillo.

Mis dedos pasaron a través de las páginas a otro universo. Sentí el aire cálido, húmedo, de la nave en la piel. Flexioné la mano observando el movimiento de los dedos, que parecían terminar a la altura de los nudillos.

Fui más profundo hasta que toqué la piel seca y escamosa del brazo del asesino. No había vida de verdad en la carne de ese alienígena. Esto era meramente la manifestación del convencimiento. Real o no, el asesino tenía una mano fuerte, y tuve que tironear para liberar el arma.

La pistola disruptora estaba muy caliente. Era lo bastante grande como para que tuviera que ponerla de costado si quería que pasara por los bordes del libro. Cuando retiré la mano, magia y relato se volvieron reales. Ahora sostenía con fuerza una pesada pistola de acero azul con un mango ancho y un cañón tan largo como mi antebrazo. Deslicé el dedo por el

guardamonte diseñado para dedos del tamaño de una salchicha y escondí el arma detrás de la espalda.

La puerta de la biblioteca se abrió de par en par; el marco de roble se astilló como si fuera madera balsa. Un miedo frío cubrió la excitación y la maravilla de la magia, urgiéndome a luchar o huir.

No era probable que ninguna de las dos opciones funcionara contra los vampiros.

Me incliné sobre el escritorio, haciendo todo lo posible por no demostrar preocupación.

—Lo siento, la biblioteca está cerrada a causa de un problema con la caldera. Si desean volver mañana por la mañana...

—¿Isaac Vainio?

Hasta ahí llegó la leve esperanza de que no estuvieran detrás de mí. La que hablaba era una adolescente, de unos quince años. Esa era la edad a la que la habían convertido, en todo caso. Usaba un suéter con capucha y demasiado maquillaje. Su cabello, corto y negro, sobresalía por debajo de la capucha, y tenía una bufanda roja anudada al cuello. De su hombro izquierdo colgaba una vieja mochila. Sus apagados ojos rojinegros nunca se apartaron de los míos.

Sus compañeros eran un corpulento hombre moreno y una mujer pálida, de edad mediana, con un impermeable que le llegaba a los tobillos. El impermeable tenía un estampado de flores brillantes en flagrante contraste con la furia y el hambre en sus ojos. El hombre tenía una gorra de los Green Bay Packers, y parecía que había sido tallado a medida para ser un matón profesional.

—Soy yo —dije, señalando la credencial de plástico sujeta al bolsillo de mi camisa. El polvo blanco del extinguidor cubría la mayor parte de mi foto con la boca abierta—. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Información y retribución. —Se sacó la capucha y estiró la cabeza, como si tratara de asegurarse de que estaba solo. Entreabrió los labios, revelando unos dientes torcidos, y me pregunté por un instante si la ortodoncia tendría algún efecto en los vampiros—. Debes tener más cuidado al elegir amigos, Isaac.

Estudié al trío con más detalle. Estaba seguro de que nunca antes los había visto. Por lo tanto, no eran de la zona. Además, eran relativamente jóvenes, porque los *Meyerii* solo habían comenzado a aparecer en 2005.

Había leído casi todos los libros de vampiros escritos en inglés, alemán, español y francés. En los últimos años, los autores habían dejado de lado muchos de los rasgos más monstruosos de estas criaturas. Más específicamente, habían eliminado muchas debilidades también. Atacar a los *Meyerii* con la luz del sol, ajo o estacas en el corazón era casi tan útil como tratar de matarlos con cosquillas.

Tuve que usar toda mi concentración para acallar la voz en la cabeza que me susurraba que estaba a punto de morir. Traté, en cambio, de enojarme.

—Dos años, tres meses y dieciséis días.

Los ojos rojos se entrecerraron.

—¡Sujétenlo!

La mujer de edad mediana gruñó. Su abrigo aleteó bruscamente cuando se movió, demasiado rápido para que

la viera. Sus manos sujetaron mis brazos y me levantó del piso.

—Ese es el tiempo que hace que no uso magia. —Mis palabras eran roncas, forzadas por el miedo y la adrenalina. Incrusté el cañón del arma en su costado y apreté el gatillo.

Una energía verde salió de su sección media. Me tiró, con los ojos abiertos de pánico, y sostuvo con ambas manos el hueco, como si tratara de mantenerse unida. La energía tardó menos de un segundo en devorar su cuerpo, sin dejar más que un débil olor a ozono en el aire.

Apunté a la joven, con la esperanza de que estuvieran tan aturdidos por la pérdida de su compañera que me permitieran disparar otro tiro. No tuve suerte. Me arrebataron la pistola disruptora de la mano, y algo del tamaño y la potencia aproximados a los de una camioneta me arrojó al otro lado de la sala. Di contra los estantes y caí al piso mientras me cubría una lluvia de libros.

El de la gorra, al que internamente llamé “Green Bay”, me había lanzado contra la sección de novelas románticas. No había mucho que pudiera usar allí, aunque la habitación no estuviera girando como una mala vuelta al mundo, impidiéndome concentrarme. A lo sumo, podría haber sacado una espada de una de las novelas de las Tierras Altas de Escocia, pero no significaría mucho contra estos dos. ¿Dónde había una buena capa para volverse invisible cuando se la necesitaba de verdad?

Green Bay me levantó con una sola mano, estampándome contra los estantes con suficiente fuerza como para comprimir mi caja torácica.

—Si, aunque más no sea, mira otro libro, rómpele los brazos.  
—La muchacha se acercó y tomó la pistola disruptora de la mano de su compañero. Me clavó el cañón en el costado. El metal estaba tan caliente que quemaba.

—Si quieren un carné de biblioteca, tendrán que llenar uno de los formularios amarillos —dije, como si un chiste viejo fuese el último refugio contra el terror y la muerte inminente.

La muchacha se subió de nuevo la capucha. Era varios centímetros más baja que yo, pero el hambre feroz en esos ojos rojos la hacía parecer enorme.

—Debiste habernos dejado en paz, Isaac.

Sentí gusto a sangre. Quizá me había mordido la parte interna de la mejilla al golpear contra los estantes. Tragué, tratando de minimizar el olor.

—Se dan cuenta de que ustedes tiraron abajo mi puerta, ¿no?

Su voz hizo cosquillas dentro de mi cabeza, como un ciempiés reptando por mi corteza cerebral.

—*Dime cuál de los centinelas nos ha estado persiguiendo.*

—Estoy retirado del trabajo de campo. —Aun después de más de dos años, las palabras me atormentaban—. Y nunca perseguí vampiros. Dejamos que ustedes se controlen entre los de su especie. Los autómatas se ocupan de cualquier descarrado que sus señores no puedan manejar.

Su voz se volvió suave, y los ciempiés cavaron más profundo. La mayoría de los *Meyerii* no tenía poderes psíquicos. Esta podría ser otra maldita híbrida. Uno de estos días, los experimentos vampíricos de transfusión iban a crear algo que no pudieran manejar.

—*No me mientas, Isaac. Me darás sus nombres.*

—Soy un libromante. Los trucos mentales no funcionan conmigo. Solo el dinero. —Cuando todo lo demás fallaba, caía en citas de películas.

—¡Maldición! —Se dio vuelta y se alejó.

—Eres nueva en esto de ser vampiro, ¿no? —pregunté, haciendo todo lo posible por controlar la respiración—. Probablemente no estabas aquí la última vez que uno de ustedes se enfrentó cara a cara con los centinelas. No fue agradable. Veintitrés vampiros descarriados marchando por las calles de Nueva Orleans versus un viejo guerrero mecánico. Solo se necesitó un autómata para reducir a esos vampiros a veintitrés pilas de polvo y ceniza. —Podría haber sido un mero catalogador, pero todavía era un miembro de Die Zwelf Portenære. Matar a un centinela era una sentencia de muerte, y me convenía que lo supieran.

La muchacha no me miró, pero pude sentir que el otro se movía nervioso.

—No tengo idea de lo que está pasando, pero, si estuviera involucrado, ¿creen de verdad que les permitiría entrar por la puerta de adelante? ¿Que me dejaría capturar tan fácilmente? ¿Que estaría usando una identificación con mi nombre?

La atención de la chica voló a la identificación plástica. Limpió con el pulgar el polvo y observó la foto lavada que me hacía parecer algo vampiro a mí también.

Si no hubiera estado dos años sin practicar, habría tenido algo mejor que un revólver de rayos para esperarlos. Allá por

los días de *Drácula*, los humanos tenían una oportunidad de luchar contra los muertos vivos. Pero cuanto más evolucionaron de monstruos a superhéroes ansiosos y sensuales, más se habían desvanecido las posibilidades de que un ser humano sobreviviera a un encuentro con un vampiro.

—Es un buen punto, Mel. —La presión de Green Bay se redujo ligeramente—. No parece gran cosa. No es nada más que un bibliotecario.

—¿Qué quieres decir con nada más que un...?

Me estampó de nuevo contra el estante sin siquiera parpadear.

—Está mintiendo —insistió Mel.

—Soy muy malo mintiendo —dije rápidamente—. Pregúntale a cualquiera.

Mel dio un paso atrás y dejó la pistola disruptora sobre el escritorio.

—Pasaremos un lector por sus pensamientos.

Un lector de los de ellos, claro, perteneciente a una de las especies de vampiros que podían absorber los pensamientos y las experiencias de sus víctimas. Quizá me quedaban algunas horas de vida después de todo. Tenían que llevarme a cualquiera que fuera el nido de donde habían venido, probablemente Detroit. Si pudiese echar mano de otro libro, o incluso hacer una rápida llamada telefónica...

Mel abrió su mochila y sacó un gran recipiente y un cortaplumas.

—Desángralo. Su sangre le dará al lector los recuerdos que necesita.

—¡Un momento, se supone que tienen que darle tiempo al prisionero para negociar! Es lo tradicional. Soy un libromante, ¿recuerdan? ¿Quieren dinero? Llévenme a la sección de Historia y les daré el Diamante de la Esperanza. —Dirigí mi atención a Green Bay—. ¿O un anillo del Supertazón de los Packers? Denme dos minutos en la sección de deportes, y es todo suyo.

El hombre siguió mi mirada, pero Mel lo golpeó en el hombro.

—¿Qué va a hacer? —protestó él—. ¿Atacarnos con una pelota de fútbol?

—No vamos a darle a un libromante más libros. —Mel clavó su uña pintada de negro en el hombro de Green Bay, puntualizando cada palabra.

Un golpe cansado en el marco roto de la puerta hizo que los dos vampiros se dieran vuelta.

—¡Fuera de aquí! —grité, tratando de advertir a quienquiera que fuese. Tomé los dedos de Green Bay tratando de separarlos, pero fue como tratar de doblar acero. Patearlo en el estómago fue igualmente inútil.

—La biblioteca está cerrada —farfulló Mel.

Se escucharon pisadas sobre la madera y los vidrios rotos. Cuando vi quién había entrado, mi cuerpo se aflojó de alivio.

Lena Greenwood era la heroína menos impresionante que jamás se hubiera visto. Era varios centímetros más baja que yo y corpulenta, pero grácil como una bailarina. No sabía su verdadera edad, pero parecía tener poco más de veinte años, y era casi tan intimidante como un oso de peluche. Un oso



tremendamente sensual, pero no alguien de quien se esperara un enfrentamiento cara a cara con un monstruo promedio.

Algunos mechones de cabello negro enmarcaban sus ojos oscuros; su sonrisa alegre la hacía parecer como si hubiera entrado en una fiesta sorpresa. Vestía una chaqueta de motociclista de cuero negro, del tipo que tiene refuerzos interiores de plástico para proteger los hombros, los codos y la espalda. La camiseta que lucía debajo estaba sucia, al igual que sus jeans y las zapatillas altas de color rojo. Tenía un par de *bokkens*: sables curvos de madera que combinaban con el tono trigueño de su piel.

—¿Vampiros? —preguntó.

Logré asentir.

—No quisieron pagar las últimas tarifas.

—Quizá quieras acompañarnos —dijo Mel, y le gritó a su compañero—: ¡Asegúrate de que está sola!

Green Bay me soltó y atravesó la biblioteca como un rayo. No vi lo que sucedió después, ocupado en caerme y tratar de sujetarme dolorido, pero, cuando miré al vampiro, lo vi clavado en la pared como un insecto con uno de los sables de madera de Lena saliéndole del pecho.

Gruñó y tomó la empuñadura tratando de liberarse. La cuestión de la estaca en el corazón no funcionaba con los *Meyerii*, pero parecía incapaz de soltarse o retirar el arma de Lena.

—¿Qué le hiciste? —reclamó Mel.

La lucha del vampiro se volvió más frenética cuando Lena le dio la espalda y caminó hacia nosotros.

—La madera está viva —dijo suavemente—. Echó raíces.

—Todavía tienes tiempo de salir corriendo —le advertí a Mel.

La vampira corrió hacia la pistola disruptora. Lena embistió blandiendo su restante sable con las dos manos en un golpe por encima de la cabeza que alcanzó al arma antes de que la otra pudiera apretar el gatillo. Chispas verdes salieron escupidas del cañón, pero nada más. Mel pateó la disruptora lejos y me tomó del cuello; sus uñas me perforaban la piel.

—¡Lo voy a matar!

Lena apoyó la punta de su sable de madera en el piso, doblando las dos manos sobre la empuñadura. Tenía los ojos inyectados en sangre y el labio inferior, hinchado.

26

—Estoy tentada de permitirte. ¿Qué te pasa, Isaac? ¿Cómo dejaste que un par de vampiros te atrapasen de este modo?

—Eran tres —la corregí; apenas tenía voz por la presión en la garganta—. Me deshice de una.

—¿Con tu revólver de juguete? ¿Ese que te sacaron enseguida? —Sacudió la cabeza—. ¿Toda una biblioteca y eso es lo mejor que puedes hacer? ¿Cómo lograste sobrevivir cuando trabajabas en el campo?

—Me echaron a patadas del campo, ¿recuerdas? Además, estoy fuera de práctica. —Pero ella tenía razón. Había escudos que me habrían protegido de los ataques de vampiros, rayos para controlar la mente y muchas cosas más.

—Cállense, los dos. —La mirada de Mel se posó en su compañero, que seguía retorciéndose y luchando. Me imaginé pequeñas raíces atravesándole el cuerpo, anclándolo a la pared, y me estremecí.

Un movimiento por encima de la cabeza me llamó la atención, pero no desvié la vista de los ojos de Mel, para que su mirada no se dirigiera a la araña de fuego que se deslizaba por un hilo de seda desde el cielorraso. Smudge descendió los últimos treinta centímetros más o menos para aterrizar con suavidad sobre la cabeza de Mel como una peluda corona roja y marrón.

Una corona furiosa y en llamas.

De repente, una llamarada corrió por el cabello de Mel, que gritó y comenzó a dar vueltas, lanzando a Smudge por el aire hacia las computadoras. Me aferré al estante superior, levanté ambos pies y empujé.

Probablemente los vampiros fueran fuertes, pero el cuerpo de Mel era puramente humano, y yo tenía la física de mi parte. Trastabilló de tal manera que se quebró un hueso, pero se enfrentó a Lena con furia. Parecían volar por la biblioteca. Mel la tiró al piso junto a uno de los estantes de libros espiralados, que le cayó encima con un fuerte ruido. La vampira le buscó la garganta, pero Lena fue más rápida: la tomó del brazo a la altura de la muñeca y se lo retorció.

Muerta viva o no, Mel todavía podía sentir dolor. Hice una mueca al escuchar el ruido seco que indicaba que se le había dislocado el brazo. Detrás de ellas, Green Bay soltó un gruñido animal y trató de soltarse. La pared que tenía detrás se agrietó.

Recuperé *El espejo de Vulcano* y recorrí las páginas hasta que recuperé la magia que había usado antes. Tomé la pistola disruptora y la arrojé dentro del libro, permitiendo que

el texto devolviera al arma dañada su forma y su función originales, antes de liberarla una vez más. No era la jugada más segura, pero los vampiros homicidas calificaban como “circunstancias atenuantes”.

Green Bay logró soltarse y, dando un grito animal, se llevó un buen trozo de pared con él. Mientras se tambaleaba hacia Mel y Lena, inspiré con fuerza y apreté el gatillo. Solo quedó una llamarada de energía verde en donde había estado el vampiro.

Lena levantó a Mel.

—Tu turno. ¿Quién ordenó el ataque en Dearborn?

—¿Qué ataque? —intervine. Lena vivía en Dearborn, lo que me hizo pensar en qué la había traído precisamente a mi biblioteca.

—Cállate, Isaac.

Mel cerró el puño y lo dirigió con fuerza hasta impactar con la mandíbula de Lena. Por la forma en que gritó, el golpe le dolió tanto a ella como a Lena, pero fue suficiente para dejarla libre. Saltó hacia mí.

Disparé una última vez y Mel desapareció.

Lena recogió el sable que le quedaba. Yo había vaporizado el otro junto con Green Bay. De espaldas a mí, pasó los dedos sobre la madera.

—¿Por qué hiciste eso?

Su tono apagado me tomó de sorpresa.

—¿Por qué le disparé a la mujer que trató de cortarme el cuello?

—Estaba derrotada. No tenías que matarla.

—¡Tú te deshiciste de su compañero con una de tus espadas!

—Lo detuve, así como la habría detenido a ella. —Con un suspiro, se dio vuelta hacia mí—. Eran humanos hasta que la magia los convirtió en otra cosa. ¿Crees que esa chica entendía de verdad en qué se convertiría?

Recogí el cortaplumas que Mel había dejado caer. Una vez pasada la amenaza inmediata, me sentía bastante inestable.

—Tendría más compasión si no fuera por la parte en que trató de cortarme el cuello.

—¿Qué te dijeron?

—Pensaban que uno de los centinelas había estado cazando vampiros y querían que les dijera quién estaba involucrado. —Me puse de rodillas y me arrastré debajo de los escritorios de las computadoras, buscando entre los cables enredados alguna señal de Smudge. Lo encontré escondido en un nido de cables azules. Por el olor a plástico quemado, tendríamos que llamar al técnico de la computadora en la mañana, pero Smudge parecía sano y salvo. Corrió hacia mi hombro, dejándome pequeños puntos negros en la manga.

—¿Y qué les dijiste? —preguntó Lena.

—Nada. Estoy retirado, ¿recuerdas? Nadie me dice nada. —Tomé de nuevo *El espejo de Vulcano* y fui hasta el capítulo ocho. Busqué los bordes interiores carbonizados, pero esta era una nueva edición, y las páginas estaban limpias del deterioro mágico. Disolví la pistola disruptora de nuevo en el texto y devolví el libro a su lugar—. Gracias.

Lena levantó una de las mesas que se habían caído.

—De nada.

No había visto a Lena desde que me mudé al norte, hacía ya dos años. Lo último que había sabido de ella fue que era la única dríada que vivía en América del Norte y ahora trabajaba como guardaespaldas para la doctora Nidhi Shah, una psiquiatra del sur del estado, que trabajaba con una serie de clientes “inusuales”. Incluido yo, en su momento.

—Mencionaste otro ataque. ¿Qué sucede, Lena?

Volvió a la puerta de entrada para mirar hacia el exterior.

—Por lo que pude saber, los vampiros han declarado la guerra a los centinelas.

